

EL MAPA DEL MEDIO ORIENTE. GUÍA PARA PERPLEJOS

PRIMERA PARTE

TRADUCCIÓN DE AURELIO ASIAIN

Las reacciones de nuestra prensa doctrinaria ante la guerra del Golfo Pérsico, comentadas por Enrique Krauze y antologadas por Javier Aranda en este mismo número, obedecen a la petrificación ideológica pero también al desconocimiento de la historia de una región que, por más de un motivo, nos resulta confusa y contradictoria a los occidentales. El

siguiente ensayo de Bernard Lewis (acaso el mayor especialista en el tema), escrito poco antes de que se presentaran el conflicto y la guerra, dará al lector algunas claves sobre el origen de confusiones y contradicciones y desbará, sin duda, algunas de nuestras perplejidades. La segunda parte del ensayo aparecerá en nuestro número de mayo.

A PRIMERA VISTA, EL MAPA POLÍTICO DEL MEDIO ORIENTE O, como solía ser llamado, el Cercano Oriente, se parece mucho al de cualquier otra región. Consiste en líneas trazadas a través del mapa que encierran territorios llamados países o —según el uso moderno, que le da un nuevo significado a una vieja palabra— naciones, cada una de las cuales tiene su propio nombre distintivo y es asiento de un gobierno propio que rige a un estado independiente soberano.

Pero si miramos más atentamente y comparamos el mapa político del Medio Oriente con el de, digamos, Europa, surgen algunas diferencias significativas. Los más o menos 25 estados que constituyen el mapa de Europa, salvo unas pocas excepciones, como Bélgica y Suiza, comparten una característica importante. El nombre del país o nación es también el nombre del grupo étnico dominante —a veces el único—; es también el nombre de la lengua principal usada en ese país, a veces en realidad la única. Checoslovaquia y Yugoslavia son excepciones sólo en apariencia, ya que ambos son nombres modernos de viejas entidades nacionales y culturales establecidas. Además, esta combinación de nomenclatura étnica, territorial y lingüística ha existido durante muchos siglos. Algunos de estos países, como Inglaterra, Francia, Suecia y España, alcanzaron la unidad nacional y la soberanía hace siglos; pero aun muchos que no llegaron a ser estados soberanos tuvieron nombres, lenguas y culturas propios y un fuerte sentimiento de identidad territorial nacional, expresado en la escritura y la enseñanza de la historia nacional y la prosecución de fines nacionales. En unos cuantos casos, como los de Finlandia, Hungría, Grecia y, sobre todo, Alemania, los nombres por los cuales son conocidos comúnmente no son los que usan ellos mismos, pero sigue habiendo el uso del mismo término para el país, la nación y la lengua. Hasta algunas de las más pequeñas entidades políticas europeas, como Albania y Malta, tienen sus propias lenguas nacionales, conocidas en inglés como albanés y maltés. Tan esencial es este aspecto del modelo europeo de identidad que aún esas naciones que, como la irlandesa o la noruega, llegaron a acostumbrarse durante siglos

de dominación ajena a usar lenguas distintas de la propia, han hecho grandes esfuerzos para recuperar o reconstituir sus idiomas nacionales perdidos.

En tiempos modernos, las potencias europeas impusieron su autoridad y, con ella, sus hábitos parroquiales en el resto del mundo, en un proceso que se extendió más allá de los límites de la dominación imperial europea y con frecuencia sobrevivió después de su fin. Uno de esos hábitos fue la demarcación de fronteras y el trazo de líneas en los mapas. En el curso del siglo XIX y los principios del XX, América y luego la mayor parte de Asia y África fueron divididas, demarcadas y con frecuencia rebautizadas, hasta que el mapa del mundo entero se conformó, por lo menos en apariencia, al modelo europeo.

Pero las apariencias muchas veces han sido engañosas. De los países que aparecen en el mapa del Medio Oriente actual, sólo tres son conformes a la convergencia europea de nación, país y, lengua: la república de Turquía, habitada por turcos que hablan turco; Arabia, habitada por árabes que hablan árabe; e Irán, que en Occidente solía ser llamado Persia, habitado por persas que hablan persa. Como sea, la aceptación ahora general del nombre de Irán parecería haber cambiado esto, ya que iranio es el nombre de la más grande familia de lenguas a la que el persa pertenece y no puede ser aplicado correctamente a la lengua nacional de Irán.

Si vemos más atentamente los otros dos, encontramos algunas curiosas peculiaridades. El nombre "Turquía" ha sido empleado para ese país desde el siglo XII, pero únicamente por europeos y no fue adoptado por los turcos mismos como nombre oficial de su territorio hasta 1923. Antes de la adopción final de este nombre, había cierto desacuerdo acerca de la forma y la pronunciación correctas de lo que todavía entonces era un término poco familiar. La forma finalmente adoptada —*Türkiye*— revela claramente el origen del nombre. Si los turcos se han apropiado de un término para Turquía y lo han adaptado, el árabe no tiene todavía una palabra para Arabia. Hay desde luego palabras para "árabes", lo mismo como adjetivo que como sustantivo, y para árabe como lengua, pero no una designación territorial correspondiente

a "Arabia". En el uso, el árabe actual recurre a circunloquios tales como la tierra o península de los árabes o la tierra o el reino árabe. Ambos términos, "Turquía" y "Arabia", como nombres de estados soberanos identificados por su turquidad o su arabidad, no fueron adoptados por sus propios habitantes sino hasta el siglo xx.

Esto nos lleva a otro punto de desemejanza. En Europa los nombres y, las más de las veces, las entidades que designan, son viejos, con una historia continua que se remonta por lo menos a la Edad Media y a veces a la antigüedad. Esto es cierto aun de aquellos países que, como Alemania e Italia, no alcanzaron su unidad hasta el siglo xix, y aquellos otros que no lograron su independencia hasta el siglo xx. Las líneas del mapa que dividen al Medio Oriente actual en estados soberanos —muchas de ellas, como gran parte de Norteamérica, trazadas evidentemente con regla— son, con muy pocas excepciones, nuevas. Y lo son en su mayor parte las entidades que designan, sin precedente en el pasado medieval o antiguo.

Más notable todavía es la diferencia en el carácter de los nombres mismos. Los estados europeos son conocidos por nombres que se derivan de sus propias lenguas y de su propia historia y designan entidades continuas y autoconscientes. Los nombres del mapa del Medio Oriente moderno son, con pocas excepciones, restauraciones o reconstrucciones de nombres antiguos, una proporción sorprendentemente alta de los cuales tienen origen extranjero. Algunos de esos nombres pertenecen a la antigüedad clásica. Tanto Siria como Libia son términos cuya etimología se discute, aparecidos primero en escritos históricos y geográficos griegos y adoptados por la administración romana como nombres de provincias. Desde la época de la conquista árabe en el siglo vii, fueron prácticamente desconocidos en ese país y los que lo rodeaban, y no reaparecieron hasta que fueron reintroducidos como resultado de la difusión de la influencia occidental. El nombre "Siria" vino a ser usado localmente, sobre todo entre los musulmanes, en el siglo xix y se convirtió en el nombre oficial de un estado por vez primera bajo el mandato francés. La república que se estableció en el territorio definido en el mandato francés fue el primer estado soberano que uso el nombre "Siria", y su persistencia en nuestros días en una alteración árabe ligeramente distinta como *Suriya* da prueba del continuo poder de los modos europeos de pensamiento incluso en un asunto tan íntimo como la identidad nacional.

El retorno de "Libia" fue aún más sorprendente. Su uso moderno parece datar de una obra geográfica italiana publicada en 1903, y le fue dada existencia oficial por vez primera por un decreto real italiano del primero de enero de 1934, que creó una nueva colonia formada por la unión de dos colonias italianas, anteriormente los sanyaks otomanos de Barka (Cirenaica) y Trablusgarp (Tripolitania), y la llamó Libia. Todo esto vuelve más digno de atención el que los estados soberanos que surgieron tras el fin del gobierno francés e italiano hayan optado por mantener esos nombres, en lugar de los comunes en el uso árabe anterior.

Un poco diferente es el caso de Palestina, nombre que en su forma actual se deriva del uso griego. Se convirtió en un término administrativo en los últimos tiempos romanos. Como indica la sílaba final, la palabra fue en su origen un adjetivo y no un sustantivo, y se usó en aposición a Siria. "Siria Palestina" fue la parte de la Siria austral que en los primeros

tiempos había sido parcialmente conquistada y asentada por los filisteos, que desaparecieron hace tanto tiempo. A diferencia de Siria, el nombre romano "Palestina" persistió en los primeros siglos del gobierno árabe como nombre indistinto de la provincia de Damasco, pero era ya obsoleto cuando los cruzados llegaron a lo que llamaban la Tierra Santa a fines del siglo xi. Reapareció en Europa luego del surgimiento de los estudios clásicos asociados con el Renacimiento, se volvió parte del lenguaje político de Occidente, aunque no de la región, en el siglo xix, y fue adoptado por Gran Bretaña como nombre del territorio bajo mandato británico constituido por los distritos más al sur de las provincias otomanas de Damasco y Beirut y el distrito libre de Jerusalem. La política imperial británica hizo de Palestina, por vez primera desde la temprana Edad Media, el nombre de un territorio definido, aunque con fronteras del todo diferentes de las de la administración árabe y la romana, y le otorgó también, por vez primera, una capital y un gobierno palestino. Los acontecimientos subsecuentes, mientras esto cambiaba, bien podrían haber creado una nación palestina.

Los otros nombres siguen modelos diversos. Libano es un monte; Jordania, un río; Irak, el nombre de una provincia de un califato medieval que comprendía únicamente la mitad austral de la actual república de Irak. Casi todos los nombres preclásicos han desaparecido. Israel, que aisladamente es conocido con el mismo nombre en la misma lengua, aunque no con las mismas fronteras, que en la antigüedad, es una excepción no real sino aparente. Su presencia no se debe a una sobrevivencia sino a una restauración, luego de una discontinuidad política de casi dos milenios. Egipto es conocido localmente y en el mundo islámico por el nombre árabe *Misr*, de un antiguo sustantivo semítico, que significaba probablemente una marca o una provincia fronteriza; nombres afines son usados en hebreo, arameo y otras lenguas semíticas. En otras partes el país es conocido por derivados del nombre griego, *Aigyptos*, en cuya segunda sílaba se conserva un eco distante de uno de los nombres del antiguo Egipto —el mismo nombre que aparece en la palabra *copto*—, pero de los nombres por los cuales se conocían a sí mismos y a sus países los antiguos egipcios —y para el caso los antiguos asirios, babilonios, fenicios, arameos y demás— no quedan trazas excepto en escritos antiguos y en las investigaciones modernas que los han recobrado y descifrado.

En mucho de lo anterior hay semejanzas evidentes con la situación de los países americanos. También ahí los nombres nacionales, territoriales, étnicos y lingüísticos coinciden raramente, si acaso, y muchos de los estados soberanos del continente son conocidos por nombres que reflejan la fantasía, la cultura libresca y la conveniencia de los antiguos conquistadores y gobernantes. En parte, esta semejanza se debe a las experiencias comunes. En el Medio Oriente, como en América y desde luego en gran parte de África, la localización de las líneas de los mapas es una reliquia de la era imperial y refleja los conflictos y compromisos de las antiguas potencias imperiales. Muchos incluso de los nombres aplicados a los territorios que encierran esas líneas son parte del legado cultural, las preferencias literarias e históricas, de los gobernantes imperiales del pasado.

Pero el Medio Oriente es muy diferente del continente americano, en la mayor parte del cual, con excepción de sólo dos

áreas, no había civilizaciones desarrolladas, ni lengua escrita, ni memoria histórica ninguna antes de la llegada de los conquistadores.

II

El Medio Oriente es un área de civilización antigua, sin duda la más antigua en el mundo. Pero si la comparamos con otras civilizaciones de antigüedad milenaria, tales como la India y China, podríamos acaso sorprendernos por dos características distintivas del escenario del Medio Oriente, que contrastan notoriamente con las otras.

Una de ellas es la diversidad; la otra, la discontinuidad. Hay un elemento de continuidad a lo largo de los milenios de la historia china, desde las épocas más antiguas hasta las más modernas. Aunque ha habido muchos cambios, la China moderna y la China antigua usan variantes reconocibles de la misma lengua, escriben en variantes de la misma escritura, siguen variantes de la misma religión y la misma filosofía. Hay una continuidad en el conocimiento de sí mismos desde los más antiguos documentos de la civilización china hasta la República Popular de nuestros días, que es compartida, a pesar de muchas diferencias locales, por el área entera de la civilización china. Lo mismo, aunque en menor grado, es cierto de la India. Aunque la civilización india no es tan exclusiva ni tan homogénea como la de China, mantiene una fuerza cohesiva y unificadora. La religión hindú, la escritura nagari, los clásicos y la escritura sánscritos han sido siempre un elemento poderoso y, sin duda, dominante en la civilización india y en la conciencia india de sí misma como una entidad continua desde la antigüedad hasta nuestros días.

En el antiguo Medio Oriente no hubo tal unidad; desde la antigüedad hasta la modernidad no hay tal continuidad. Aun en la antigüedad, las civilizaciones del Medio Oriente eran enormemente diversas, sin elementos ligadores comunes como las escrituras china o nagari, la filosofía confuciana o las creencias hindúes. La civilización del Medio Oriente comenzó en una serie de lugares diferentes y evolucionó siguiendo diferentes líneas. Y aunque a fin de cuentas éstas se dirigieron hacia otra, mantuvieron diferencias significativas de cultura, creencia y manera de vida.

Pero más importante que estas diferencias tempranas es la asombrosa discontinuidad de la historia cultural de la región. Mientras que la India y China todavía aprecian y estudian los documentos de su antiguo pasado en una tradición ininterrumpida de estudios, el antiguo Medio Oriente se perdió, se olvidó y fue literalmente enterrado. Sus lenguas murieron, sus escrituras quedaron encerradas en textos que nadie podría leer. Sus dioses y sus cultos pertenecen a una antigüedad remota sólo conocida por un pequeño número de especialistas y estudiosos. El Medio Oriente carece incluso de un nombre colectivo como los de la India y China. Sin duda por eso, en nuestro siglo ha llegado a ser conocido, primero en el mundo occidental, luego en otras partes del mundo y finalmente entre los pueblos de la región misma, por las designaciones informes, amorfas, incoloras y a fin de cuentas carentes de sentido de Medio Oriente y Cercano Oriente: designaciones que desde luego carecen de la dignidad, la estatura, el poder evocador de nombres como India y China.

Una vez asentada la diferencia, sus causas son obvias. El

hundimiento de las culturas y tradiciones del antiguo Medio Oriente fue el resultado de una serie de cambios cataclísmicos, los más importantes de los cuales fueron los sucesivos procesos de helenización, romanización, cristianización e islamización, que borraron la mayor parte de la cultura escrita en el antiguo Medio Oriente. Los cuatro procesos han dejado todos sus huellas hasta nuestros días; el cuarto, la islamización del Medio Oriente, ha moldeado a la región desde el siglo VII. Las viejas lenguas —los antiguos egipcio, asirio, babilonio, hitita, el viejo iranio y demás— fueron abandonadas y siguieron siendo desconocidas hasta que fueron exhumadas, descifradas, interpretadas y restituidas a la historia o, más bien, a la historiografía y, en último término, a los pueblos que viven en la región. Durante largo tiempo el esfuerzo fue obra exclusivamente de personas ajenas al Medio Oriente, y sigue siéndolo predominantemente. El vínculo visible con la antigüedad preislámica, en la autoconciencia colectiva de los pueblos del Medio Oriente, es todavía tenue; no hace mucho fue de veras enérgicamente impugnado por un Renacimiento islámico.

Puede ser instructiva otra comparación, esta vez con Europa. Los pueblos bárbaros que asolaron el imperio romano de Occidente hicieron grandes esfuerzos para preservar por lo menos las formas y estructuras del estado romano. Adoptaron su religión, el cristianismo, trataron de usar su lengua, el latín, e hicieron grandes esfuerzos para adecuar sus propios gobiernos bárbaros a las formas de gobierno y las leyes de la Roma imperial. Los árabes musulmanes, que conquistaron una gran parte del imperio romano del Medio Oriente y el Norte de África en los siglos VI y VII, no hicieron tal cosa. Al contrario: llevaron su propia religión, el islam, su propia lengua, el árabe, y su propia escritura, el Qur'án, y establecieron su propio estado imperial. Aunque ese Estado, inevitablemente, fue afectado por la influencia de sus predecesores y vecinos no islámicos, el advenimiento de la dominación islámica marcó sin embargo claramente el comienzo de una nueva sociedad y, más particularmente, de una nueva forma de gobierno, en la que el Islam no era sólo la base de la identidad sino además la fuente de la legitimidad y la autoridad. En este mundo islámico recién establecido, la lengua árabe asumió el papel desempeñado por los griegos en el mundo helenístico, el latín en el occidental, el sánscrito y el chino en las civilizaciones de Oriente. Durante cierto tiempo, el árabe fue prácticamente la única lengua del gobierno, la ley y la administración, lo mismo que del comercio y la cultura y la vida cotidiana. Y aun cuando, en cierta época, otras lenguas literarias, especialmente el persa y el turco, aparecieron o reaparecieron en el mundo islámico, se escribieron con la grafía árabe y adoptaron un vocabulario árabe tan extenso y tan importante como los elementos griegos y latinos en las lenguas de Occidente.

Hacia el fin de la Edad Media, el mapa religioso y lingüístico del Medio Oriente y del Norte de África se fijó en la que ha seguido siendo, con algunas excepciones, su forma moderna. Predominaron tres lenguas —el árabe, el persa y el turco—, cada una de ellas usada en varias formas y en varios países. El árabe —con una forma escrita normal, común y una amplia variedad de dialectos hablados— se ha vuelto la lengua dominante no sólo en la península árabe, donde se empleó por vez primera, sino además en la Creciente Fértil, que comprende en nuestros días los estados de Irak, Siria, Líbano, Jordania e Israel, en todos los países del litoral del Norte de

África, desde Egipto hasta Marruecos, con algunas extensiones australes en el África al sur del Sahara.

El Persa —*zaban*— *i Farsi*, lengua de la provincia de Fars o Pars, de la que el griego y por ello los nombres occidentales del país se derivan— era hablado y escrito en Irán (antiguo nombre del país) y en una zona que se extiende hacia el este en el Asia Central, en regiones que son ahora parte de Afganistán y de la República Soviética de Tajikistán. El *tajik* y el *dari*, una de las dos lenguas oficiales de Afganistán (la otra es el *pashto*, también de la familia iránica), son variantes del persa.

Las lenguas turcas o turquescas, un grupo estrechamente relacionado del que el turco otomano es la representación más occidental, eran habladas en una vasta región que se extendía desde las playas más al norte y más al sur del Mar Negro hasta el Pacífico, a través de Asia.

Aparte de estas tres lenguas principales, otras diversas lenguas siguieron usándose localmente. Algunas, como el arameo y el copto, sobrevivientes de culturas más antiguas, fueron usadas cada vez menos por los no musulmanes, mayormente minorías cristianas. Otras, como el berebere y el kurdo, son todavía usadas ampliamente por una gran cantidad, pero sin una forma escrita, y por ello sin la estabilidad y la continuidad que puede otorgar una tradición escrita. El hebreo, que sobrevivió como lengua de la religión y la cultura entre las minorías judías, ha reaparecido en las épocas modernas como lengua hablada y finalmente como lengua nacional.

El mapa religioso de la región fue abrumadoramente islámico. Habiendo comenzado como una pequeña pero predominante minoría de conquistadores, en cierta época los musulmanes se convirtieron en mayoría, por la emigración y en mucho mayor medida por la conversión, mientras que los seguidores de las religiones anteriores —zoroastrianos, judíos y cristianos de distintas iglesias— se redujeron a minorías en países en los que alguna vez habían predominado.

III

Durante los últimos siglos el mapa político del Medio Oriente ha sufrido muchos cambios, no sólo de nomenclatura, sino además lo mismo en sus límites externos que en sus divisiones internas. A comienzos del siglo XVI había tres grandes potencias en la región central del Islam, con sus capitales en Tabriz, en Estambul y en El Cairo. El más viejo de los tres estados, el de los sultanes mamelucos, regían sobre Egipto, los territorios sirios y la Arabia occidental. La dinastía, nueva-mente creada, de los chas safavíd —régimen de radicales— regían sobre Irán y, además, sobre Irak. Los sultanes otomanos gobernaron el Asia Menor y un área que rápidamente se extendió en el Sudeste Europeo, y que, por lo menos, incluyó la Península de los Balcanes completa y la mitad de Hungría.

Al Oeste de Egipto, una serie de estados musulmanes compartieron el litoral del Norte de África hasta alcanzar el Atlántico. Era una mezcla de poblaciones árabes y bereberes, pero su lengua y su cultura eran abrumadoramente árabes. Al norte de Turquía e Irán, otro grupo de estados musulmanes gobernaron en el Asia Central y en las tierras al norte y entre el Mar Caspio y el Mar Negro. Tenían un origen mixto turco y mongol, eran principalmente turcos y en parte persas en su lengua y compartían una cultura común turco-persa.

Diversos grandes cambios ocurrieron a lo largo del siglo XVI. El primero fue la rápida expansión del poder otomano. Al derrotar y destruir el sultanato mameluco, los sultanes otomanos incorporaron los dominios mamelucos —Siria, Palestina, Egipto, gran parte de Arabia— a sus propios reinos y extendieron su suzeranía hacia el norte de África hasta alcanzar la frontera de Marruecos. Luego de una serie de batallas con los chas, los sultanes otomanos fueron capaces, aunque sin conquistar nunca Irán, de absorber Irak, estableciendo así su control sobre prácticamente todo el mundo árabe, con la única excepción de Marruecos y las montañas y desiertos más remotos de la península árabe. En el norte, por medios casi siempre pacíficos, la influencia y la suzeranía otomana se extendieron a los principados turcos y tártaros de las costas más al norte y más al este del Mar Negro, que pasó a ser en efecto un lago otomano. En Europa llegaron hasta los muros de Viena, a la que dos veces intentaron —infructuosamente— tender un cerco.

El segundo gran acontecimiento del siglo XVI fue el resurgimiento y la expansión de Europa. Después de un siglo y medio de batallas infructuosas en las llanuras de Hungría, los austriacos y sus aliados lograron arrojar a los otomanos fuera de la Europa Central, aunque pasarían siglos todavía antes de que los turcos se retiraran finalmente a un pequeño rincón de la península de los Balcanes. Al mismo tiempo, estaba empezando en ambos extremos de Europa una nueva expansión que, en el siglo XIX, conduciría a casi todo el mundo del Islam al interior de la órbita de dominación o influencia europea. En ambos extremos, la expansión comenzó con una liberación —la de los moscovitas del yugo de los tártaros islamizados, que los habían dominado desde el siglo XIII; y la expulsión de España y Portugal de los moros, que habían gobernado grandes partes de la Península Ibérica durante casi 800 años. Una vez completada la reconquista, ni los rusos ni los cristianos españoles descansaron sino que pasaron a perseguir a sus antiguos amos en sus territorios de Asia y África.

Los otomanos, detenidos ya en el Danubio y el Mediterráneo, comenzaron a sentir la mano inquisitiva de Europa incluso en sus dominios islámicos. En los mares más al este, más allá de sus conquistas árabes, se toparon con la potencia naval portuguesa y, luego, con los otros estados marítimos, mucho más fuertes, de la Europa Occidental; en las estepas, fueron detenidos y, a fin de cuentas, obligados a retroceder por el avance inexorable de Rusia hacia el Mar Caspio, el Mar Negro y el corazón de Asia.

En el curso del siglo XIX, los otomanos y los persas fueron confinados a sus fronteras nórdicas actuales y los viejos principados musulmanes del Asia Central fueron incorporados al imperio ruso. Más o menos en la misma época, la potencia de Europa Occidental hicieron incursiones en las tierras árabes, lo mismo dentro que fuera del imperio otomano. Hacia 1914, sólo los países de la Creciente Fértil siguieron bajo gobierno otomano directo, y compartieron, también, el mismo destino después del desmembramiento del imperio otomano y la repartición de sus territorios no turcos entre los aliados victoriosos.

Pero, mientras tanto, otros cambios habían estado ocurriendo en las regiones que nominalmente estaban bajo la soberanía o la suzeranía de los otomanos. En cuatro áreas

en particular, la decadencia del poder otomano, y a veces también la influencia de los intereses europeos rivales, permitió el surgimiento de centros de poder árabe independientes. Uno de estos fue Egipto. Gobernado desde 1517 por un pachá otomano, se había vuelto prácticamente autónomo. En el siglo XIX y a principios del XX fue gobernado por una dinastía que, en fases sucesivas, transformó una gubernatura hereditaria autónoma en una monarquía independiente. Aunque no fueran de origen egipcio y en gran medida no respondieran a los sentimientos nacionales árabes y aun egipcios, estos gobernantes por lo menos ayudaron a abrir el camino desarrollo del moderno estado-nación egipcio a través de fases sucesivas y superpuestas de suzeranía otomana, ocupación británica, protectorado británico y, finalmente, independencia soberana.

Otra clase de autonomía fue alcanzada por Líbano, el único

entre todos los nuevos estados creados en la Creciente Fértil después de 1908 que tenía raíces en el pasado reciente. A causa de su carácter distintivo como una comunidad montañesa de minorías fieramente independientes, Líbano había alcanzado un alto grado de autonomía aun bajo el gobierno otomano. Su liderazgo saudita y su fervor wahabi se combinaron para transformar el principado de Najd en un reino que cubría la mayor parte de Arabia y al que, como antes los otomanos, le dieron su nombre dinástico. En 1926 los sauditas conquistaron el Hijaz, que se había vuelto independiente luego del fin de la suzeranía otomana y se había apropiado así de las dos ciudades sagradas y del inmenso prestigio que conferían a sus gobernantes. En 1932, luego de una breve guerra, derrotaron al imán yemení y extendieron el gobierno saudita hasta alcanzar las fronteras más al norte y más al este de Yemen.



Roger Von Gunten: El jardín de Rappaccini